



Cualquiera podría suponer, por el título, que ésta es una historia de amor. ¿Por qué empezar entonces con el principio de la vida?

Aclaro, no quiero aquí hacer un discurso sobre EL PRINCIPIO DE LA VIDA, todo con mayúsculas, el cual no he acabado de entender y creo que nunca acabaré. Me referiré en concreto al principio de *mi* vida. Lo que quiero contar aquí tal vez no tenga mucho que ver con el principio de mi vida, y menos con lo que pasó casi quince años antes de tal principio. Pero por ahí dicen que la vida es una cadena de acontecimientos que se relacionan entre sí, necesariamente. Alguna vez leí un ensayo de un tipo que hablaba de todas las circunstancias que habían tenido que coincidir para que a fin de cuentas sus padres se conocieran y él fuera concebido. Se remontaba el asunto hasta la época de los dinosaurios, y al final del ensayo, el autor concluía que, probabilísticamente, su existencia era imposible.

Y si la existencia del tal ensayista era imposible, yo tendría que agregar una circunstancia extra que haría mi propia existencia un poco más que imposible.

Pero, evidentemente, la teoría de las probabilidades debe funcionar distinto, y prueba de ello (y de mi existencia, claro) son estas líneas.

Sin embargo, es posible que el principio de mi vida y lo que ocurrió en él haya sido la causa de la consecuencia que es esta historia.

Tal vez no.

Pero, de todos modos, fue un principio divertido.

Si no hubieran asesinado a John F. Kennedy, es probable que yo no estuviera escribiendo esto.

Me explico:

Aquel día mi tío Manuel, el primo de mi mamá, la llamó para pedirle que lo acompañara a una cita. Iba a presentar a dos amigos suyos, la Güera y Esteban, y no le gustaba mucho la idea de hacer mal tercio. Mi madre era una jovencita soltera que no tenía una vida social precisamente vertiginosa, así es que a falta de un mejor quehacer, aceptó completar el cuarteto.

Cuando mi tío Manuel pasó por ella, ya venían en el asiento de atrás Esteban y la Güera. Se dirigieron a una fuente de sodas, o alguno de esos lugares que se estilaban entonces, y mientras bebían malteadas y platicaban del clima, de los Beatles, o qué sé yo realmente de qué platicaban, una televisión que había en el lugar les dio la noticia: acababan de asesinar a John F. Kennedy.

A mi mamá, a mi tío Manuel y a Esteban les causó la impresión que a cualquier gente normal le causa saber que acaban de asesinar al presidente del que ya desde entonces era el país más poderoso del mundo. O sea, bastante, pero sin llegar al extremo de un colapso. Sin embargo, la Güera fue presa de un ataque de

histeria similar al que debe haber sufrido Jackie. Con desmayo y todo. Así es que mi tío Manuel fue quien tuvo que regresarla a su casa a llorar en soledad, pues, aunque Esteban era su pareja en esa cita, era la primera, y calcularon que aún no le correspondían esas atribuciones. Esteban y mi mamá, quienes no se conocían y tampoco fueron tan sensibles a la noticia, se quedaron en el lugar terminando sus espesos brebajes. Platicaron, descubrieron que se gustaban y que, además, vivían en la misma colonia. El tío Manuel ya no regresó.

Esteban es mi papá.

En 1968, Esteban y Carmen, mis papás, se casaron. Se fueron de luna de miel a Acapulco y se abocaron de inmediato a la fabricación de mi hermano Luis Esteban, que nació el 6 de marzo de 1969. No conformes con ello, continuaron rápidamente con sus labores reproductivas y el 6 de marzo de 1970 nació mi hermana Carmen. (Mis papás, evidentemente, no se rompieron la cabeza para escoger los nombres). En realidad no sabemos si mi hermana nació exactamente en esa fecha o mis papás decidieron suscribirla para ahorrarse una fiesta.

Pasaron siete años para que mis papás decidieran que con esos dos tenían suficiente descendencia. De manera que lo platicaron y tomaron la resolución de que mi papá se hiciera la famosa operación de control natal permanente.

Dos meses después mi madre notó que su organismo no presentaba el comportamiento periódico

normal que debía presentar. Muy extrañada, claro está, fue y se hizo el examen. Al día siguiente el papelito aquel le dijo que estaba embarazada. Esto pudo haber convertido a mi padre en un Otelu furioso y ocasionar un caos marital, pero él, tranquilo, racional y pragmático como siempre, fue a reclamarle al autor de la operación de sus conductos deferentes. La explicación fue bien simple: poco después mis papás festejaron la operación. El doctor debió haberles dicho que era necesario esperar a que los citados conductos se vaciaran.

Qué bueno que se ahorró esa información. Qué bueno que mis padres tenían la costumbre de festejar las cirugías.

Siete meses después, el 28 de diciembre de 1978, vine a dar al mundo, con el mismo aspecto de tamal coreano que suelen presentar todos los recién nacidos.

El doctor entró al cuarto cuando mi mamá estaba todavía medio ida por la anestesia. Llevaba un bulto en sus manos envuelto en una cobija.

—Aquí está su hijo —dijo sonriente.

Casi puedo imaginar la tierna mirada de mi madre ante su pequeño y extemporáneo hijito, convertida en un rictus de horror cuando el médico dejó caer el bulto al suelo y dijo: “Ay, perdón”. Después, empezó a reírse y levantó del suelo el bulto que no era yo, sino un muñeco de trapo.

Son las desventajas de dar a luz en el Día de los Santos Inocentes para la madre víctima de doctores jocosos y también para el hijo. Cada vez que digo

la fecha de mi cumpleaños es inevitable la exclamación:

—¡Aaaaaay, eres inocente!

O aún más mal intencionadas:

—Dile a tu mamá que para broma fue de muy mal gusto.

Y eso último sí molesta. Más molesta cuando uno se ha enterado de su origen que, en verdad, parece broma y que los condenados de mis hermanos tuvieron a bien confesarme durante alguna de aquellas noches donde aflora la sinceridad.

Yo, después de mucho meditarlo, establecí una respuesta estándar para decírsela a todo aquel que se burle o se sorprenda con mi historia:

—Mira —digo—, todos los demás quién sabe, pero lo que es yo, algo vine a hacer a este mundo.

Creo que es cierto. Y, sin embargo, no fue nada fácil irrumpir en una familia para ser, como el más chiquito, el consentido de los papás y, en consecuencia, el receptor de los celos infantiles de dos hermanos que, a pesar de sus nueve y ocho años respectivamente, aún eran muy inmaduros y se sentían menospreciados porque de pronto, la atención íntegra de todos los miembros de la familia, amigos y vecinos se centraba en “el bebé”.

No fue un buen comienzo, pero me imagino que debe haber sido fácil cuando yo era muy pequeño y me pasaba el día echado en la cama tomando biberones, sin preocuparme de mis hermanos y sus conflictos



existenciales. Lamentablemente esa etapa no ha quedado registrada en mi memoria.

Lo difícil vino después, cuando mis hermanos confundieron el asunto y pensaron que mis papás, en vez de darles un hermano, les habían dado un *bell-boy*.

“Sebastián, tráeme agua”, “Sebastián, abre la puerta”, “Sebastián, contesta el teléfono”. Estoy seguro de que el único infante de mi generación que comprendía perfectamente a la Cenicienta era yo. Incluso hay una anécdota que aún se cuenta en todas las fiestas y convivios, familiares o no:

Mi hermano estaba en una reunión con sus amigos, que supongo que eran una bola de burgueses y todos hablaban de sus televisores con control remoto, que entonces eran una novedad que aún no había entrado en mi casa. Pero de pronto mi hermano dijo:

—Yo tengo un control remoto que responde al sonido de la voz.

Los demás se quedaron perplejos y pensaron que en casa éramos poseedores de la tecnología más avanzada, hasta que Luis Esteban continuó:

—Sí, sólo tengo que decir: “Sebastián, cámbiale”.

Cada vez que se cuenta, las carcajadas afloran de los oyentes; y de mí, el recuerdo de mi servicial pasado.

No fue tan malo desde el día que descubrí que los favores se pueden cambiar por dinero u otro tipo de bienes.

—Está bien, voy por las cocas, pero me compro unos pingüinos.

En general no me puedo quejar. A pesar de que la brecha generacional con mis hermanos era entonces casi insalvable, tenía dos opciones entre las que dividía mi tiempo: la televisión y Angelito. La televisión nunca me gustó mucho, además, implicaba la vespertina y eterna discusión con mi hermana, sobre qué era mejor, *Los Picapiedra*, que era lo que me gustaba a mí, o *Mundo de juguete*, que era lo que le gustaba a ella. Mi hermana siempre ha tenido sobre mí la autoridad que le confiere la edad. En ese entonces también tenía una superioridad importante en cuanto al físico, así es que no le costaba ningún trabajo descontarme. Claro que yo era lo suficientemente listo (o cobarde) como para no llegar a ese extremo. Por ello, en mi currículum televisivo, claro, se encuentra *Mundo de juguete*. Incluso sería honesto confesar que acabé esperando los capítulos con cierto interés.

Una tarde mi papá llegó temprano, nos encontró a Angelito y a mí aventando bolitas de papel de baño mojado a los coches que pasaban y, en aras de alejarnos de ese malsano hábito, después de regañarnos un rato, intentó enseñarnos a jugar ajedrez. Yo aprendí un poco; Angelito, nada. Mi papá rápidamente decidió que no tenía la suficiente pericia pedagógica para ello y me emboletó la tarea. Pero Angelito nunca aprendió a hacer, ya no digamos una jugada, ni siquiera los movimientos elementales.

Angelito era el único a quien yo podía hacer cómplice de mis aventuras, y aunque fue incapaz de aprender los secretos del ajedrez, siempre fue una buena compañía, sobre todo porque nunca le importó ser el antagonista en nuestros juegos, así es que durante los años que fuimos amigos, a Angelito le tocó representar a Lex Luthor, al Acertijo, a Cascarra-bias y, las más de las veces, a Darth Vader.

Sucedió después que la situación económica de la familia de Angelito mejoró notablemente y se mudaron a una casa grande en el Pedregal. Angelito y yo seguimos llamándonos por teléfono durante algún tiempo, pero poco a poco esas llamadas se fueron espaciando hasta desaparecer por completo. Es triste lo que pueden hacer el tiempo y la distancia, pues aunque el Pedregal no quedaba tan lejos del edificio donde yo seguía viviendo, mis posibilidades de desplazamiento eran muy limitadas. Angelito fue realmente mi primer amigo, y no volví a saber nada de él.

Sin Angelito alrededor, yo daba la pinta de niño solitario y taciturno. Y sí, así me comportaba, pero no porque fuera parte esencial de mi carácter, sino porque no tenía otro remedio. Me la pasaba inventándome quehaceres en el edificio, a ratos iba al Parque Hundido, del cual sólo me separaban dos cuadras. Pero nunca fui bueno para aquello de la socialización. Generalmente los demás niños iban al parque en bola, y llegar con un grupo a pedir que me integraran es algo que jamás fui capaz de hacer, y sigo sin serlo hasta la fecha.